

Fomento de la paz y de la humanidad en el siglo XXI

¿Cuál es la función de la Cruz Roja y de la Media
Luna Roja?

por Jacques Moreillon

Tratar una cuestión tan amplia resulta prácticamente imposible, y pretender encontrar la solución del problema de la paz y la humanidad sería dar muestras de falta de inteligencia. Como la primera característica de la inteligencia es, precisamente, conocer sus límites, resulta evidente que solamente se puede intentar adivinar las posibles respuestas a una pregunta tan vasta. Para ello, hay que volver la mirada al pasado, a fin de comprender mejor el futuro.

Una cuestión de definición

Cuando en el Movimiento Internacional de la Cruz Roja se tratan temas como la *paz y la humanidad*, tenemos una ventaja que no comparte ningún otro movimiento u organización de dimensión mundial: para ambos conceptos tenemos *definiciones* que, además, no son el resultado de una idea rápidamente plasmada sobre el papel, sino fruto de experiencias compartidas en nuestro Movimiento desde hace decenios y de arduas negociaciones sobre ciertas cuestiones, especialmente en relación con la paz, negociaciones en las que se ha logrado el *consenso* de todo el Movimiento y de los Estados Partes en los Convenios de Ginebra (mediante su aceptación de los Estatutos del Movimiento por la Conferencia Internacional de la Cruz Roja).

Por lo tanto, para examinar el cometido de nuestro Movimiento en favor de la paz y de la humanidad es preciso recordar primeramente la génesis de estos términos en el Movimiento.

En los textos comunes del Movimiento aparecen definiciones de las palabras «humanidad» y «paz», y es importante que figuren actualmente (aunque solo sea desde 1986) en el Preámbulo de los Estatutos del Movimiento¹. El principio de humanidad se citó formalmente por primera vez en una resolución del Consejo de Delegados durante la reunión de Praga de 1961 y, posteriormente, pasó a ser el primero de los siete Principios Fundamentales aprobados por unanimidad en la Conferencia Internacional de la Cruz Roja, en Viena, el año 1965. Hubo que esperar bastante tiempo, si se piensa que la X Conferencia Internacional, en 1921, fue la que marcó el inicio del reconocimiento de la actividad de la Cruz Roja en favor de la paz con un llamamiento solemne «a todos los pueblos del mundo para exhortarles a combatir el espíritu de guerra que todavía se cierne sobre el mundo» (nótese la palabra «todavía» ... al final de la que debía ser «la última guerra»).

La definición de paz que se da en nuestro Movimiento figura en el Preámbulo del *Programa de Acción de la Cruz Roja como Factor de Paz* aprobado por la Conferencia Mundial de la Cruz Roja sobre la Paz, celebrada el mes de junio de 1975 en Belgrado. Este programa (y, por lo tanto, la definición de paz) fue refrendado sucesivamente por el Consejo de Gobernadores de la Liga de Sociedades de la Cruz Roja² y por el Consejo de Delegados, reunidos en Ginebra el mes de octubre de 1975. Es muy importante que, en 1986, hayamos incluido los conceptos de paz y humanidad en el *Preámbulo de los Estatutos del Movimiento*, pues este Preámbulo —como los Estatutos— vinculan a los Gobiernos que los han aprobado, lo que significa que, por mediación de nuestros Estatutos, los Estados Partes en los Convenios de Ginebra han aceptado también una definición de paz... algo que no ha logrado la ONU, cuya función primordial es, no obstante, el mantenimiento de la paz.

Conviene señalar que en este Preámbulo se mencionan cuatro conceptos y, si una vez más pensamos en el futuro, tres de ellos son de importancia vital. El primero es la *misión* del Movimiento. El segundo se refiere a los siete *Principios Fundamentales*. El tercero comprende los *lemas* de la Federación y del CICR. El cuarto es la definición de *paz*.

¹ Efectivamente, en 1986 se adoptó la denominación «Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja». Anteriormente, se utilizaba la expresión «Cruz Roja Internacional». La noción de Movimiento nació, como concepto, en 1986 y se incluyó en los nuevos Estatutos.

² La Liga de Sociedades de la Cruz Roja cambió de nombre en noviembre de 1991 y pasó a llamarse Federación Internacional de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja (en adelante, la Federación).

No me extenderé sobre el tema de los lemas del Movimiento, incluso si constituyen la quintaesencia de lo que es la Cruz Roja: «*Inter arma caritas*» y «*Per humanitatem ad pacem*». Pero, si queremos planificar nuestro futuro, es preciso responder a las siguientes preguntas: ¿debemos seguir asignando la misma misión al Movimiento?; ¿debemos aferrarnos a los mismos Principios Fundamentales?; ¿cuál será nuestra visión de la paz? Para estudiar algunos principios, en concreto el de humanidad y el de paz, es preciso examinar la misión del Movimiento, pues el principio de humanidad y la definición de paz son simplemente los medios para alcanzar un fin. Este fin es nuestra misión, en otras palabras, la *razón de ser* de la Cruz Roja.

Misión del Movimiento

Hace 15 años, la Cruz Roja realizó un estudio de reevaluación conocido como el «Informe Tansley»³, en el que se propone una *nueva misión fundamental* del Movimiento. Si lo menciono, es porque «de la tradición hay que guardar la llama, y no las cenizas» o, dicho de forma más prosaica, hay que evolucionar sin tratar de reinventar el camino. Es cierto que los tiempos han cambiado, pero la experiencia no debe ser «una linterna que solo ilumina el camino recorrido»: pretender elaborar el futuro ignorando el pasado demuestra falta de inteligencia, de seriedad y de modestia. Saquemos, por lo tanto, lecciones de «la experiencia Tansley», entre otras.

¿En qué consistía esencialmente la propuesta de Tansley? Tansley quería que el Movimiento efectúe una *sola misión fundamental: las actividades en situaciones de urgencia*. Para Tansley lo característico de la Cruz Roja era actuar en casos de urgencia, en tiempo sea de conflicto sea de paz. El Movimiento no aceptó esta propuesta y decidió seguir fiel a la labor social de la Cruz Roja, que constituía gran parte de sus actividades, especialmente en lo que antes era la Unión Soviética y en numerosos países de Europa central y oriental: en resumen, el Movimiento no aceptó ocuparse exclusivamente de las situaciones de urgencia. De ahí que la definición de la misión del Movimiento, tal como se aprobó finalmente en Bucarest, el año 1977, después de debatir el Informe Tansley, *se derive del principio de humanidad*. En los Estatutos del Movimiento,

³ Donald Tansley, *Informe Final. Una agenda para la Cruz Roja*, Comité Mixto para la Reevaluación del Cometido de la Cruz Roja, Ginebra, 1975, 139 págs.

se dice que la misión es: «prevenir y aliviar, en todas circunstancias, los sufrimientos humanos; proteger la vida y la salud y hacer respetar a la persona humana, en particular en tiempo de conflicto armado y en otras situaciones de urgencia; tratar de prevenir las enfermedades y promover la salud y el bienestar social; fomentar el trabajo voluntario y la disponibilidad de los miembros del Movimiento, así como un sentimiento universal de solidaridad para con todos los que tengan necesidad de su protección y de su asistencia. Esta definición abarca tres conceptos: las situaciones de urgencia (en tiempo tanto de paz como de guerra), las actividades sociales de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja (es decir, las actividades diarias y a largo plazo) y la disponibilidad tan apreciada por Henry Dunant, que permite estar siempre dispuesto a actuar ante cualquier urgencia. En resumen, se trata de prevenir y aliviar el sufrimiento y proteger la dignidad del ser humano.

Por mi parte, aunque sigo abierto al diálogo, me cuesta pensar en otra misión para la Cruz Roja, y en las próximas páginas parto de la idea de que seguirá siendo la misma en el futuro previsible, es decir, en el siglo XXI. Dicho esto, un tema diferente es determinar nuestra *visión* de cómo debe llevarse a cabo esa misión. Ante la creciente politización de lo humanitario, especialmente por los Estados y por la ONU, ¿no deberíamos dar a nuestra misión una dimensión puramente humanitaria — incluso humanitariamente pura— más pronunciada? Efectivamente, la politización de lo humanitario, incluso si presenta algunas ventajas a corto plazo, solo logra perjudicarlo a largo plazo. En su universalidad, nuestro Movimiento debe ambicionar ser *fuerza autónoma esencial de la acción humanitaria en el mundo*. De hecho, ¿no somos llamados a convertirnos en el principal «polo humanitario» de un mundo en el que la antigua bipolarización política será reemplazada por una nueva polarización entre lo humanitario, por un lado, y lo político, por otro?

A menudo me han pedido que trate de resumir la esencia de la Cruz Roja. Mi propia definición es que la Cruz Roja está ahí para «asistir a los desasistidos» («help the helpless»). Si se piensa en todos aquellos a los que las Sociedades Nacionales, la Federación y el CICR tratan de ayudar y proteger, cada uno a su manera, se comprueba que todos ellos tienen en común el hecho de no recibir ayuda ni protección: el prisionero que cae en poder del enemigo, sea éste de la misma nacionalidad o no; la anciana del sexto piso sin ascensor que no puede salir a hacer la compra; la víctima de un seísmo, de una inundación o de la hambruna, cuyo Gobierno no está en condiciones de ayudarla. En una sociedad organizada, todo el mundo se beneficia de una protección natural, la del Estado o la de la familia (aquí me refiero solamente a la protección material, ya que

la protección divina es un tema sobre el que la Cruz Roja, como Movimiento no religioso, no se pronuncia) y la misión del Movimiento consiste simplemente en socorrer a los que no reciben esa asistencia y protección. Sustituimos, por lo tanto, a las autoridades, al Estado, a la sociedad civil. Por esta razón, respondiendo a la pregunta de si nuestra misión ha de seguir siendo la misma el próximo siglo, reiteraré que sí. «Asistir a los desasistidos» ha sido la razón de ser del Movimiento de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja desde el principio. Identificar y reconocer a los desvalidos y ayudarlos es, y probablemente seguirá siendo, nuestra principal misión en el futuro, aunque no sea más que por la amplitud del concepto de «desasistidos» y de la tarea de proporcionarles asistencia y protección.

Si éste es el caso, y en el futuro lo será mucho más que en el pasado, *debemos situar nuestra misión en el centro de todas las cosas*. Las cuestiones de estructura, sistema, estilo, personal u organización deben estar vinculadas a nuestra misión y relacionadas entre sí, pero con la misión como centro. Creo que uno de los errores más comunes (no solamente de la Cruz Roja, sino también de determinadas empresas y otras organizaciones) es pensar en términos de estructura, y no en términos de misión: es preciso adaptar la estructura a la misión, y no al contrario. La primera pregunta que debe plantearse el Movimiento cuando reflexiona sobre su futuro es: «¿queremos, debemos mantener o modificar nuestra misión?» Si decidimos mantenerla (incluso reforzarla en su índole estrictamente humanitaria y autónoma), ¿cuáles son nuestros desafíos (antiguos o nuevos) y cómo podemos mejorar el funcionamiento del Movimiento para que sea más eficaz?; ¿cómo podemos enfrentarnos a esos desafíos, sea en el marco de las estructuras existentes (aunque haya que cambiar los sistemas de funcionamiento dentro de esas estructuras) sea modificando dichas estructuras o haciendo ambas cosas? Nuestro Movimiento cuenta con numerosos pensadores generosos e imaginativos, lo que constituye una gran riqueza; pero no hay que olvidar el consejo que se da a los que hacen bricolaje: «si la máquina no está averiada, no la repare» («If it ain't broken ... don't fix it»). Creo que antes de tratar de crear una nueva máquina, es importante procurar que la que tenemos funcione como debe. Si *esto* no resulta, *entonces* puede pensarse en diseñar otra máquina... pero solamente si estamos verdaderamente seguros de que la nueva máquina funcionará mejor. *La misión del Movimiento debería ser y seguir siendo el centro de todas nuestras reflexiones*.

Valores y servicio

Unas palabras más sobre la misión: nuestro Movimiento se inspira en *valores* y se dedica al *servicio* al prójimo. Si reflexionamos sobre ello,

nos damos cuenta de que la asistencia a los débiles combina un conjunto de valores y el sentido del servicio. El impulso humanitario nace de la *compasión* ante el sufrimiento del prójimo; pero ésta no sería suficiente si no fuera seguida por *la acción*. En efecto, somos un Movimiento orientado hacia la acción y el pensamiento que lo inspira solamente es un medio para obtener ese fin: actuar.

Cuando daba yo conferencias sobre la Cruz Roja, con frecuencia comparaba su funcionamiento (especialmente con respecto al derecho humanitario) con el de un motor de cuatro tiempos. Estos cuatro tiempos son: *la compasión, la acción, la reflexión, y la codificación*.

Cuando Henry Dunant llegó al campo de batalla de Solferino, su primer sentimiento fue de *compasión* («cum-patire» en latín o «sympathein» en griego, significan «sufrir con alguien»). Si en el fondo de la Cruz Roja, en el fondo de lo que hacemos no hay este primer sentimiento de compasión, no tenemos futuro. Estoy convencido de que si, en el futuro, queremos seguir ayudando a los débiles con el mismo espíritu, es absolutamente necesario que *el primer movimiento de la Cruz Roja siga siendo un impulso del corazón*. Sir Robert Powell, hablando del Movimiento Scout que él fundó, decía: «primeramente tuve una idea; esa idea se convirtió en un ideal; el ideal pasó a ser una organización; y, si no se presta atención, la organización puede matar al ideal.» Este gran peligro (de convertirse solamente en una organización en lugar de seguir siendo un movimiento) amenaza también a la Cruz Roja y a la Media Luna Roja, a nivel tanto nacional como internacional, y no podemos permitirnos olvidar la esencia misma de nuestra razón de ser, es decir, el impulso de nuestro corazón.

El segundo tiempo de nuestro motor es *la acción*. Durante la batalla de Solferino, Henry Dunant no se dedica a escribir su libro, sino a atender a los heridos. Lo hace porque se trata de una urgencia inmediata y, ante el dolor de los que no reciben ayuda, solamente podemos justificar nuestra existencia con la acción. Además, en un mundo cada vez más competitivo, esta acción adquirirá todo su valor si la realizamos mejor que cualquier otro.

A continuación viene el tercer tiempo del motor: *la reflexión*. Para que la acción pueda repetirse, pueda durar, es preciso codificarla, lo que exige un tiempo de reflexión. ¿No es extraño que nuestro Movimiento haya necesitado más de un siglo para aprobar sus Principios Fundamentales, en 1965? El mismo CICR no aprobó sus primeros estatutos hasta 1915, aunque existía desde hacía más de cuarenta años. Se han necesitado diez años de arduas negociaciones para redactar, en 1928, los primeros estatu-

tos de la Cruz Roja Internacional, que supusieron, finalmente, un «tratado de paz» entre la Liga y el CICR, y de conformidad con los cuales el CICR seguiría ocupándose de la coordinación de las acciones de seguridad de las Sociedades Nacionales, cuando fuera necesario un intermediario específicamente neutral, y se asignaba a la Federación la tarea de desarrollar las Sociedades Nacionales y coordinar su acción en tiempo de paz. Igualmente, nos hicieron falta diez años para convenir una definición de paz. No obstante, estos años de diálogo y negociaciones no fueron en vano, pues se alcanzó un consenso general que protegerá a esa definición contra el paso del tiempo. Además, en cada generación, el Movimiento siente la necesidad de redefinirse y someterse a examen. Sin duda ello es necesario para que la nueva generación se apropie del Movimiento, se identifique con él, lo haga suyo. Desde este punto de vista, lo importante no es solamente este sentimiento de apropiación, sino (quizás aun más) el *proceso* por el que se llega a él.

De esta forma, la reflexión, el tercer tiempo de nuestro motor, conduce al cuarto tiempo, la *codificación*, que tiende también a favorecer la acción garantizando la duración de ciertos factores esenciales. Se ha dicho que el derecho humanitario, como los militares, lleva siempre una guerra de retraso. No sé si esto es cierto en el caso de los militares, pero sí lo es del derecho humanitario, ya que en el mismo se prohíben los horrores que no pudieron impedirse durante las guerras precedentes. Henry Dunant ve a los heridos abandonados en el campo de batalla de Solferino y de ello resulta el primer Convenio de Ginebra relativo a los heridos y a los enfermos de las fuerzas armadas en campaña. Los prisioneros de guerra que el CICR visitó durante la Segunda Guerra Mundial estaban desprovistos de protección y, como consecuencia, nació el Convenio relativo a la protección de los prisioneros de guerra. En la Segunda Guerra Mundial, las personas civiles fueron objeto de bombardeos y encerradas en campos de concentración, pero habrá que esperar hasta 1949 para que el IV Convenio de Ginebra proteja a las personas civiles internadas y, hasta 1977, para que en los Protocolos adicionales se prohíban los ataques contra la población civil. Hoy en día, tratamos de prohibir las minas cuyo uso no pudo impedirse en Camboya, Afganistán y otros lugares. En otras palabras, este procedimiento en el que la codificación se deriva de las dramáticas situaciones que no pudieron impedirse en el pasado, es esencial para la Cruz Roja que así saca partido de su propia experiencia y se enriquece con ella. Lo mismo ocurre en el proceso de elaboración de los Estatutos del Movimiento e, incluso, en el de los acuerdos entre la Federación y el CICR.

Y de la paz, ¿qué?

Es interesante observar que la *paz* se menciona por primera vez en un documento oficial de la Cruz Roja en el marco del principio de humanidad. No se trata, por lo tanto, de una noción aislada. Efectivamente, el texto relativo al principio de humanidad finaliza de la siguiente manera: «... Favorece la comprensión mutua, la amistad, la cooperación y una paz duradera entre todos los pueblos». La palabra *duradera* es esencial y se repite en la definición de la paz que aparece en los Estatutos. Me gustaría citarla para comentarla y, a continuación, pasar a considerar el futuro del Movimiento. La Conferencia Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja ha declarado que *«mediante su acción humanitaria y la difusión de sus ideales, el Movimiento favorece una paz duradera, que no debe entenderse como la simple ausencia de guerra, sino como un proceso dinámico de colaboración entre todos los Estados y los pueblos, colaboración fundada en el respeto de la libertad, de la independencia, de la soberanía nacional, de la igualdad, de los derechos humanos, y en una justa y equitativa repartición de los recursos para satisfacer las necesidades de los pueblos»*.

Aquí, quisiera yo rendir homenaje —trágico en cierta forma, pero no quita para que sea muy sincero— a una Sociedad Nacional de la Cruz Roja que era entonces la Cruz Roja Yugoslava. Fue ella la que realmente inició el proceso que condujo a la aprobación, por el conjunto del Movimiento de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, de la definición de paz, así como de un *Programa de Acción y de las Líneas directrices fundamentales para la Cruz Roja y la paz*⁴. Estoy convencido de que nuestros amigos de la Cruz Roja Yugoslava se daban cuenta entonces de que es importante que el Movimiento fomente la paz, pues algunos habían presentido la tragedia que les amenazaba y querían impedir una guerra en su país. En cierta forma, resulta a la vez alentador y desesperante pensar que es en ese país donde se ha engendrado nuestra definición de la paz, pero también donde la humanidad ha sufrido uno de sus reveses más duros en los últimos tiempos por ser incapaz de mantener la paz. Dicho esto, creo que es importante recordar que Yugoslavia presentó esta propuesta en plena guerra fría durante una Conferencia especial de la antigua Liga,

⁴ Las «Líneas directrices fundamentales para la contribución del Movimiento de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja en favor de una paz verdadera en el mundo» fueron aprobadas por la Segunda Conferencia Mundial de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja sobre la Paz (Aaland/Stockholm, septiembre de 1984).

celebrada el año 1975 en Belgrado, y que el CICR solamente se sumó más tarde a este proceso.

A este respecto, cabe señalar que entonces en el CICR se había suscitado un debate interno («¿es necesario o no que el CICR se ocupe de la paz?»), ya que en aquellos años se consideraba que la paz era el caballo de Troya del imperio soviético, como los derechos humanos lo eran de los Estados Unidos. El CICR, aunque apóstol de la paz, temía verse atrapado en cuestiones de naturaleza política si decidía ocuparse de este tema. Se elevaron algunas voces, entre ellas la mía, para decir que el Comité Internacional no podía en modo alguno mantenerse al margen: la paz era un asunto no solamente de la Liga, sino del conjunto del Movimiento. Este punto de vista prevaleció y el CICR participó en el diálogo sobre la paz. Como se ha visto, las negociaciones tuvieron lugar durante una buena decena de años y en una época muy difícil: pero, mediante el diálogo, así como mediante concesiones de todas las partes, hemos conseguido lo que actualmente constituye, al menos en su concepción, una *fuerza unificadora* en el Movimiento, que se basa en un consenso general y goza de la aprobación unánime de la Conferencia Internacional de la Cruz Roja: ¡lo que no es poco! He dicho ya que actualmente es la única definición universalmente aceptada que una organización o un movimiento mundial ha logrado aprobar sobre la paz (cabe señalar que, gracias a que se alcanzó este resultado, la negociación de los nuevos Estatutos del Movimiento «solamente» duró cinco años, de 1981 a 1986, ya que pudimos concentrarnos en las cuestiones de organización, de estructura y de funcionamiento... que precisamente son actualmente objeto de nuevas reflexiones).

Conviene, por lo tanto, insistir un poco sobre el procedimiento de consenso por el que se ha llegado a una definición de paz y a dos programas de acción para ponerla en práctica. ¿Seguirá utilizándose esta definición y continuará siendo válida? A este respecto, me gustaría volver a citar algunas de las palabras que he destacado en estas páginas. Primer punto esencial: la definición de paz en el Preámbulo de los Estatutos del Movimiento comienza diciendo que «*mediante su acción humanitaria y la difusión de sus ideales, el Movimiento favorece una paz duradera*». Éste fue uno de los puntos principales de la negociación. ¿Debía ser la paz un objetivo *directo* o *indirecto* del Movimiento? ¿Debemos esforzarnos por fomentar una paz duradera *directamente* o *mediante* nuestra labor humanitaria y la difusión de nuestros ideales? Finalmente, se decidió que podríamos contribuir mejor a la paz *mediante* nuestra acción y *mediante* la difusión de nuestros ideales (difusión no solamente del derecho humanitario, sino también de los Principios Fundamentales de la Cruz Roja),

en vez de pretender lograrla *directamente*, con el riesgo de no cumplir nuestra misión esencial.

De hecho, cuando se habla de la contribución de la Cruz Roja a la paz, no se trata de hacer algo diferente, sino de hacer lo mismo con un espíritu diferente. El 10 de mayo de 1994, representé al CICR en la toma de posesión del presidente Nelson Mandela, al que había visitado varias veces, de 1974 a 1976, cuando estaba detenido en Robben Island. En 1992, tuve el privilegio de pasar dos horas con él, a solas, en la habitación de su hotel en Oslo, donde examinamos tranquilamente lo que para él y para sus compañeros de prisión habían significado las visitas del CICR y las lecciones que habían sacado de ello. Me impresionó mucho una cosa: en Oslo, Mandela me dijo que lo más importante que el CICR había hecho, *por sus consecuencias a largo plazo*, había sido obtener para los presos el derecho a tener acceso a las noticias. Efectivamente, como los presos estaban completamente aislados y nada sabían de lo que pasaba en el mundo, podían haberse quedado anclados en el espíritu del proceso de Rivonia de 1964⁵. Si este «ostracismo mental» se hubiera mantenido, habrían sido incapaces de negociar como lo hicieron al salir de la cárcel, pues su mentalidad estaría demasiado sujeta al pasado. Así, al pedir una y otra vez que los detenidos políticos tuvieran acceso a las noticias y conseguirlo finalmente, el CICR desempeñó un papel fundamental en la vuelta a la paz civil en Sudáfrica. Para ello hicieron falta diez años de visitas y de gestiones, hasta que, en 1980, mi sucesor en el puesto de delegado general del CICR en África logró que los presos tuvieran acceso a las noticias (además, no estábamos solos: también sirvió de gran ayuda la acción de Helen Suzman y el cambio de ministro de Prisiones). He ahí un ejemplo perfecto de lo que nosotros entendemos por *contribución indirecta* de la Cruz Roja a la paz: una acción estrictamente humanitaria, pero con consecuencias políticas favorables y duraderas.

Veamos otro ejemplo: durante la guerra Irak-Iran, murieron miles de militares. El CICR tenía conocimiento de que había más de 100.000 prisioneros de guerra irakíes e iraníes —sobre todo gracias a los datos registrados en los campos de prisioneros de guerra— que se comunicaban con sus familiares mediante los mensajes de Cruz Roja, pero los combatientes que cayeron en el frente nunca pudieron ser identificados. Es decir, cada mañana cientos de miles de familias se despertaban preguntándose:

⁵ El proceso de Rivonia se inició el 29 de octubre de 1963 y finalizó el 12 de junio de 1964 con la condena a prisión perpetua de seis sudafricanos, entre ellos Nelson Mandela.

«¿está vivo o muerto?» Además, como las familias son especialmente numerosas en esa parte del mundo, millones de padres se repetían todas las mañanas la misma pregunta: «¿está vivo o muerto?» Es fácil imaginarse el grado de tensión y de odio que genera en un país la preocupación por los desaparecidos y los efectos que esta preocupación surte en la vida cotidiana de millones de habitantes. Es un hecho que llega a aceptarse la muerte, pero no se acepta el no saber. Podemos imaginarnos también el alivio que se siente si se logra saber quiénes están vivos o muertos entre los desaparecidos, si termina la incertidumbre.

Así, hemos llegado a comprender que la Cruz Roja no es un Movimiento pacifista, sino un Movimiento pacificador. La diferencia entre un pacifista, que pone la paz por encima de todo como el bien máspreciado que existe, y un movimiento pacificador radica en que con nuestra actitud humanitaria contribuimos indirectamente a atenuar el odio y creamos una situación menos tensa. No aportaremos la paz, no nos hagamos ilusiones, pero contribuiremos a crear un espíritu más pacífico.

Hemos dado una definición de paz que contiene, al mismo tiempo, elementos que podemos considerar como «nociones políticas». ¿Por qué lo hemos hecho? Ello formaba también parte del compromiso. Algunos decían: si contribuimos indirectamente a la paz, no podemos ignorar los elementos constitutivos de esa paz. La paz reinaba en la Alemania nazi de 1937; pero la paz que reina así, sin problema alguno, es la paz de los cementerios. De ahí la noción capital de paz *duradera*. La expresión «paz *duradera*» consta en el principio de humanidad: «una paz *duradera* entre todos los pueblos», a veces llamada una *paz verdadera*. Con la expresión «paz *duradera*» se afirma que no puede haber paz verdadera sin justicia, lo mismo que no puede haber justicia verdadera sin paz. Se nos contestará: «¡la justicia no es el problema de la Cruz Roja!». Creo que la Cruz Roja debe ser consciente de que existen injusticias, pues no podemos ignorar el mundo exterior. No podemos pretender ser los portadores de elementos de la paz sin preocuparnos por las causas de su ausencia, puesto que admitimos que la paz no es simplemente la ausencia de la guerra. Por ello, decimos que la paz es un *proceso dinámico*. Creo que esto aporta otra respuesta a la pregunta de nuestra contribución a la paz en el próximo siglo. No debemos considerarla como un *statu quo*: nunca es un *statu quo*.

El mundo está en constante cambio y, por lo tanto, la paz es un «proceso dinámico»; pero un proceso dinámico ¿de qué? De *colaboración*. ¿Entre quiénes? Entre los *Estados* y los *pueblos*. No se puede ignorar a los Estados, porque no existe derecho internacional sin ellos; pero tampoco se puede tratar solamente con los Estados. En la Carta de las

Naciones Unidas se declara: «Nosotros los pueblos de las Naciones Unidas» y no «nosotros los Estados» o «los Estados miembros de la ONU». Por lo tanto, el concepto de colaboración sitúa a los Estados y a los pueblos en el mismo nivel.

¿En qué ha de fundarse esta colaboración? En el *respeto de la libertad, de la independencia, de la soberanía nacional, de la igualdad, de los derechos humanos, y en una justa y equitativa repartición de los recursos para satisfacer las necesidades de los pueblos*. Creo que en este enunciado falta una expresión, pero hemos preferido dejarlo tal como está y no revisar el texto, pues se corre el riesgo de que tal revisión afecte también a otros puntos. Falta mencionar: *el respeto debido al derecho internacional*. El problema en la negociación de estos textos es que, a veces, debemos tender hacia un objetivo óptimo, y no hacia el objetivo máximo, pues tratar de alcanzar la perfección podría hacernos retroceder: por esta razón, se pensó que era mejor no tocar esta definición, que había necesitado tantas negociaciones, ni siquiera para dejarla perfecta.

Esta reflexión (optimum versus maximum) también es válida para el proceso que llevó a la aprobación de los *Estatutos del Movimiento*. Éramos conscientes de algunas imperfecciones; pero, si las corregíamos, se corría el peligro de iniciar un debate mucho más amplio que quizás hubiera puesto en tela de juicio el consenso obtenido sobre los puntos más importantes. Se trata de un problema que suele presentarse cuando se revisan unos estatutos: se sabe dónde se empieza, pero no se sabe dónde se acaba. De hecho, nadie puede garantizar el resultado final, sobre todo si dicha revisión debe contar con la aprobación de los Gobiernos y de una mayoría de dos tercios de los votantes. No creo que algunos de los iniciadores de la revisión de los Estatutos en 1981 llegaran en 1986 exactamente adonde querían cinco años antes; pero éste es precisamente el precio del consenso. Todo puede debatirse, pero una cosa es cierta: presentarse ante los Estados, en la Conferencia Internacional, sin estar previamente seguros de que en el Movimiento hay un consenso (verdadero, si es posible) sobre estas cuestiones sería una locura. (En inglés *M.A.D.* = *Mutually Assured Destruction*). Y, para ello, la experiencia nos enseña que no hay nada que reemplace a un verdadero diálogo, que es preciso dedicarle tiempo y que en el centro del diálogo hay que situar la misión y buscar los medios más eficaces para asumirla.

Volviendo al tema de la paz, ¿cuál es el mensaje fundamental para el futuro? Es cierto que no podemos permanecer indiferentes ante los elementos «políticos» constitutivos de la paz y, por ello, los hemos definido. Pero, al mismo tiempo, nuestra contribución a la paz es una contribución indirecta y propia de la Cruz Roja.

Ante los desafíos del futuro

En 1981, intentamos reflexionar sobre los desafíos del futuro y sobre la forma en que afectarían al nuestro. Llegamos a la conclusión de que los dos desafíos principales que tendríamos que afrontar hasta el año 2000 serían: primeramente *aprender a vivir con el caos* y, después, hacer frente a la *radicalización de las ideologías*.

Al pensar en ello trece años más tarde, creo que el primer desafío sigue vigente. En comparación, por ejemplo, con la épocas del patrón oro o de la dominación del mundo por dos superpotencias, nuestra época se caracteriza por un caos que la hace imprevisible. Uno de los problemas del derecho humanitario es que resulta muy difícil hacer frente al caos con normas fijas. En esta situación, *los principios* serán, por así decirlo, la brújula que nos indicará el camino. Aquí se vuelve a topar con el principio de humanidad, del que ya he dicho que es la esencia de la Cruz Roja. Este principio, es decir, la simpatía por las víctimas, puede considerarse el motor del Movimiento, el motor de cuatro tiempos del que he hablado. Sin motor, un automóvil no puede moverse.

Pero, además del motor, un automóvil necesita un volante para dirigirse a la derecha o a la izquierda hasta llegar a su destino. Este volante es el principio de *imparcialidad*, que propugna la asistencia y la protección activas *sin discriminación* y en *proporción* con las necesidades de las víctimas. Cuando dos soldados heridos, desnudos y dispuestos para ser operados, están bajo el efecto de la anestesia en la tienda de campaña de un cirujano, éste puede no saber quién es el amigo y quién el enemigo. Se ocupa, en primer lugar, del herido que lo precisa más, según sus heridas, con total imparcialidad, amigo o enemigo. El principio de imparcialidad es el que nos dirige para conducirnos hasta las víctimas. Es nuestro volante.

A continuación viene el principio de *neutralidad*, que con frecuencia no se comprende bien ni se aprecia, y que dificulta, sobre todo, el reclutamiento de los jóvenes, ya que no permite ciertos compromisos. Sin embargo, no debemos olvidar su texto: es el único de los siete Principios Fundamentales de la Cruz Roja que indica su objetivo. Dice así: «*Con el fin de conservar la confianza de todos*», (éste es el objetivo), el Movimiento «*se abstiene de tomar parte en las hostilidades y, en todo tiempo, en las controversias de orden político, racial, religioso o filosófico*». El automóvil que nos ha servido de comparación no solo necesita un motor y un volante, sino también frenos, ya que, de lo contrario, no podría realizar el próximo viraje. El motor será la humanidad, el volante

la imparcialidad, y el freno es la neutralidad, que permite seguir una ruta estrictamente humanitaria. En período de caos, cuando resulta más difícil hacer que se respeten los derechos, son los Principios los que seguirán guiándonos.

Ocupémonos ahora de la *radicalización de las ideologías*. De hecho, en 1981, nos preocupaban más las facciones como las de Pol Pot o Sendero Luminoso, que son partidos de exclusión, y me parece que no teníamos tan presente el fenómeno del nacionalismo exacerbado. No obstante, ambos comparten el mismo concepto, que lleva a tratar al individuo de conformidad con su pasaporte o su grupo étnico, su religión o su opinión política. De ello se deriva actualmente un grave problema para numerosos grupos, especialmente en los países de la ex Unión Soviética y en los países de Europa central y oriental. No es fácil para la Cruz Roja encontrar una respuesta a estos problemas: debe respetar los Principios Fundamentales, pero ese respeto depende también, en gran medida, de las personas. *Una Sociedad de la Cruz Roja o de la Media Luna Roja vale lo que valen sus dirigentes*. En todos los países hay personas que todo el mundo respeta y que demuestran independencia y valor, y es con ellas con las que debemos construir la Cruz Roja. Sé bien que es fácil decir que hay que tener valor, pero cada uno de nosotros puede verse inducido a enfrentarse con amenazas físicas, a poner en peligro su posición. La pregunta es siempre la misma: ¿debemos retroceder?; ¿debemos ceder para poder seguir trabajando o queremos permanecer independientes, con el riesgo de encontrarnos paralizados? El margen es estrecho y nuestra función, tanto la de la Federación como la del CICR, es ayudar a las Sociedades Nacionales a mantener su independencia, condición imprescindible para seguir siendo una verdadera Cruz Roja, una verdadera Media Luna Roja.

En conclusión

He intentado responder, con prudencia ciertamente, a la cuestión del papel que el Movimiento desempeñará en el futuro para fomentar la paz y la humanidad. Creo que, fundamentalmente, nuestra misión debe seguir siendo asistir a los desasistidos. El principio de humanidad debe continuar como motor del Movimiento, y la imparcialidad, la neutralidad y los otros principios continuarán como principios que marcan la dirección que hay que seguir. Nuestra contribución a la paz debe ser indirecta para que sea eficaz, pero en el contexto de la preocupación general por lo que constituye la paz.

Una vez dicho esto, sigo pensando que el Movimiento de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja debería examinar los problemas de su entorno y tratar de ver si, en este marco, no podría hacer más o hacer otra cosa, o hacer lo mismo de forma diferente. Temo que, hoy en día, nuestro Movimiento se preocupa demasiado por cuestiones de estructura y no se preocupa lo suficiente por su misión. Ahora bien, ocuparse de la estructura sin ocuparse de la misión es poner el carro delante de los bueyes. Creo que actualmente debemos reflexionar, por ejemplo, sobre los efectos del desequilibrio mundial; las diferencias entre el Norte y el Sur; la atonía de la economía y sus consecuencias para las poblaciones más vulnerables del Norte; el resultado de decenios de desarrollo (los años 80 han sido calificados como *años perdidos* para el desarrollo del Sur); el crecimiento de las desigualdades entre el Norte y el Sur; la relación integral entre el medio ambiente y el desarrollo; los efectos de la ciencia sobre la sociedad; la alimentación y la nutrición; los llamados «dividendos de la paz» (lo que deberíamos hacer con el dinero que se supone hemos ahorrado con el fin de la guerra fría); la crisis urbana; el problema de la droga y los elementos conexos como el SIDA.

Éstos son los problemas a los que la Cruz Roja puede y debe aportar al menos una respuesta. Es cierto que no podemos hacer todo por todos pero, pensando en el futuro, me gustaría examinar, como con un escáner, los problemas de la sociedad de mañana y, en el marco que he indicado (es decir, el de nuestra misión y nuestros Principios), definir cuál puede y debe ser la respuesta de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja a estos problemas. Yo me preocuparía especialmente por la juventud (hacia la que me siento naturalmente inclinado por mi posición de dirigente de un Movimiento que cuenta con unos 25 millones de jóvenes en el mundo). Resulta banal decir que los jóvenes de hoy son los adultos de mañana; pero, de todas formas, creo que en la Cruz Roja y en la Media Luna Roja deberíamos preocuparnos *profundamente* por los problemas de los jóvenes, problemas de analfabetismo y falta de instrucción, de exclusión social, de valores espirituales, de salud. Una de las características de nuestra época es que los jóvenes encuentran cada vez menos posibilidades de educación (y entiendo por educación la formación de una personalidad, y no solamente la enseñanza). En las escuelas se enseña cada vez más, pero se educa menos. Con demasiada frecuencia son establecimientos encargados de transmitir conocimientos, y no de formar la personalidad. Creo que la Cruz Roja, como portadora de valores, tiene aquí una función que desempeñar si considera su contribución en pro de la juventud como una contribución al futuro.

Están, además, todos los nuevos problemas más directamente relacionados con la acción de la Cruz Roja: la multiplicación de las organiza-

ciones no gubernamentales «humanitarias» o que pretenden ser consideradas como tales; la participación de los Estados (individualmente o por grupos) en la acción «humanitaria» o pseudohumanitaria; el famoso «derecho de injerencia»; la aparición de bandas armadas como consecuencia de la desaparición de estructuras estatales responsables; el empobrecimiento del Sur y sus consecuencias para las Sociedades Nacionales; la falta de interés por su desarrollo en beneficio de acciones que acaparan los titulares de los periódicos; la influencia de la prensa que incita a los Gobiernos a modificar (no siempre para bien) sus prioridades y objetivos en circunstancias conflictivas.

Para hacer frente a estos desafíos, es preciso también que haya paz en nuestro Movimiento. Algunos piensan que el Movimiento es complejo y quisieran simplificarlo; pero lo que ocurre es que el Movimiento ha surgido de la vida y la vida no siempre es sencilla. De hecho, la forma biológica más eficiente es también la más complicada: el hombre. En el hombre las estructuras de los órganos corresponden a sus funciones, y lo mismo es válido para los órganos que él crea. No se construyen del mismo modo un submarino y un globo aerostático, porque el submarino debe resistir la ingente presión del agua (como el CICR debe poder resistir las presiones políticas en los conflictos), mientras que el globo debe ser más ligero que el aire, incluso si se compone de elementos más pesados.

Se dice que un dromedario es ¡un caballo dibujado por un comité! Se dice también que el Creador quiso hacer un animal que supiera volar, andar, nadar y bucear, y creó el pato, que efectivamente utiliza esos cuatro medios de locomoción ...¡pero todos mal! Por mi parte, prefiero un pez que sepa nadar y un pájaro que sepa volar.

Mantener la paz en el Movimiento es, asimismo, cumplir bien la misión que se nos haya encomendado, aquello a lo que nuestra estructura nos destina. La tarea es tan grande y los medios son tan limitados que el deber de cada uno es tratar de hacer, lealmente, allí donde se encuentre, aquello para lo que está mejor calificado. La armonía de la naturaleza y de la vida se deriva del equilibrio entre órganos diferentes. Si logramos esta armonía, disfrutaremos de un espíritu de paz en el Movimiento, que es la base indispensable para llevarlo al exterior...tanto en el siglo XXI como hoy en día.

Jacques Moreillon, licenciado en derecho, doctor en Ciencias Políticas, ex director general del CICR, miembro del CICR desde 1988, es secretario general de la Organización Mundial del Movimiento Scout.